

## los niños libres de summerhill

# LA FELICIDAD COMO OBJETIVO

Quizá sea la educación el sector de la actividad humana donde los interrogantes revisten un carácter más fundamental. En el mundo se están llevando a cabo en este sentido innumerables experiencias, destinadas a abrir nuevos caminos. La escuela de Summerhill es uno de esos lugares en los que, a pesar de las reservas que se puedan hacer a la personalidad del animador o a las condiciones actuales de funcionamiento, se están experimentando actitudes francamente revolucionarias en el terreno de las relaciones entre adultos y niños.

**L**AS investigaciones en materia de educación giran en torno a dos grandes polos. En primer lugar, los científicos se plantean una serie de preguntas sobre el tipo de conocimientos que conviene comunicar a los niños para que éstos desempeñen eficazmente el papel que les corresponde dentro de la sociedad. E igualmente sobre los métodos más idóneos para la adquisición, por parte de los niños, de todos esos conocimientos. Un ejemplo de todo esto lo tenemos en el debate en torno a la enseñanza del latín, la importancia de las ciencias o la utilidad de la enseñanza de la literatura. También en el descubrimiento de nuevos mecanismos de asimilación, del tipo audiovisual, o que exigen del niño una participación más activa.

Pero hay entablado actualmente un debate más fundamental, un debate recientemente inaugurado, en torno al sentido mismo de la educación.

Ayer, el objetivo de la educación era el de formar buenos ciudadanos, hacer del individuo un hombre honrado; ahora consiste en preparar al niño para su integración fructífera en una sociedad en expansión. Hay investigadores que rechazan este punto de vista y que se fijan como objetivo no ya una finalidad social, sino una finalidad psicológica individual: formar seres humanos libres y felices en vez de individuos adaptados a la competencia y capaces de ascender en la escala social. Las teorías de Neill, fundador de la escuela de Summerhill, se inscriben dentro de este contexto. Se trata de un intento de formar niños felices, y en este sentido

### PAJARO ENJAULADO

*El pájaro enjaulado está triste como los pobres.  
Está triste como las piedras en el suelo: "Pero ¿por qué?  
¿Por qué no estoy en el aire brincando con mis amigos o con el viento?"*

*"Pero no puedo salir de esta jaula de pájaros".*

*En este momento pasa el viento:*

*—¡Hola, pájaro azul! ¿Quieres que te libere?*

*—¡Oh! ¿Será verdad? —dice el pájaro azul.*

*—Verdad, sí. ¡Anda! Vamos a ver las cosas lindas del mundo y a volar libres.*

*Pero cuando el pájaro azul sale de la jaula, cae sobre él una lluvia de piedras y de balas.*

*Y ahora el pájaro azul va cayendo y desciende a un jardín lleno de flores.*

*Y las flores le cubren completamente.*

*El pájaro azul es feliz.*

*A su lado, el viento llora bajito.*

FERNANDO BRAS, ocho años

(De "El niño y la vida". Maria Rosa Colaço. Ed. Kairos.)

### DANIELLE HUNEBELLE

suscita el interés de los especialistas del mundo entero.

«Creo, estoy convencido de que el niño es fundamentalmente bueno. Que nace bueno y sincero. El niño difícil es simplemente un niño desgraciado. Dejadle al niño su libertad —dejadle que, dueño de su propio cuerpo, se ensucie, que sea descortés, desordenado, perezoso, bullicioso, destructor—, abandonad todas vuestras ideas preconcebidas sobre la educación y conseguireis un medio ambiente en el que el niño podrá, por fin, vivir y expresar sus emociones, es decir, desarrollarse libremente y ser feliz».

El propagandista de todas estas ideas inconformistas sobre la educación es un escocés de ochenta y siete años, A. S. Neill. Desde 1921, el señor Neill dirige, en Inglaterra, una escuela donde aplica estrictamente los mismos principios que defiende. La reputación de este escocés se ha extendido por los países escandinavos y anglosajones, principalmente gracias a las veinte obras, todas ellas abiertamente provocativas, que lleva publicadas. La primera obra de Neill

traducida al francés fue publicada en Francia el año pasado. Se trata de la titulada «Los niños libres de Summerhill», por la que ya larga polémica vuelve a cobrar actualidad. ¿Hay que educar al niño según una estricta disciplina o conviene dejarle que siga libremente sus instintos? ¿Cuál es el objeto de la educación, preparar un adulto capaz de desarrollarse libremente y conquistar la felicidad interior o formar, por el contrario, un ser capaz de trepar vertiginosamente por la escala social? Cuando, picado por la curiosidad, uno atraviesa la verde campiña inglesa en dirección Noreste y llega a la pequeña localidad de Leiston (Suffolk), donde se halla ubicada la escuela de Summerhill, en busca de una respuesta válida a todas esas preguntas fundamentales, uno recibe una gran sorpresa.

¿Cómo es posible que ese grupo de barracas horriblemente feas, levantadas entre ortigas y campos de patatas, de un aspecto igualmente siniestro por fuera y por dentro, una especie de zona suburbial, por la que circulan, las más de las veces en bicicleta, unos sesenta chicos y chicas con aspecto de gitanos, vestidos de harapos, despeinados y sucios,

cómo es posible que sea todo eso una escuela modelo, lugar de peregrinación de educadores y estudiantes de todas las partes del mundo?

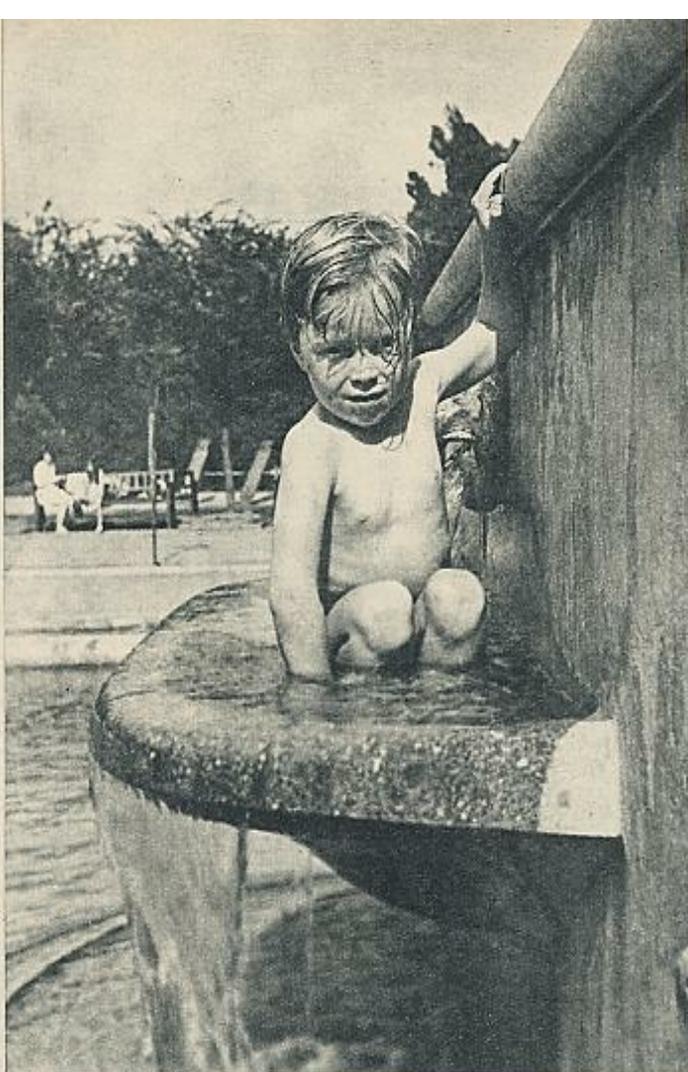
**Libertad  
para ensuciarse,  
para robar,  
para meter ruido,  
para no hacer nada**

Esos viejos muros de ladrillos rojos, que dos borricos atados a un poste contemplan como nostálgicos, ese pequeño refectorio helado y sonoro de feas paredes y en el que se distribuye una comida más bien horrible, esos dormitorios, por llamarlos de algún modo, con sus viejas camas turcas, esa caravana prehistórica donde habita una pareja de maestros, esa chapa metálica en la que se queman las basuras a la vista de las aulas y estas aulas con sus tres o cuatro taburetes, según el número de alumnos que asisten a las clases, todo eso constituye la escuela de la felicidad, como la llama su fundador.

Ni una sola flor, excepto en el rincón que se han reservado para sí Neill y su esposa. Ni una sola reproducción en color más que las fotos que algunos niños recortan de revistas. Simplemente un campo yermo, donde los chavales juegan al fútbol, una pequeña piscina, un campo de tenis, todo en un entorno tan pobre, tan primitivo, que a uno le entra la duda de si toda esta experiencia no será más que un timo o, por lo menos, una broma.

Sesenta y un niños de Summerhill, de los dos sexos, de edades que oscilan entre los seis y los dieciséis años, son los encargados de respondernos. (Lo hacen con desgana, porque, estando continuamente expuestos a las preguntas de los visitantes, como si fuesen animalitos de zoo, llegan a detestar, naturalmente, a los importunos.) Afortunadamente, los niños de Summerhill son treinta americanos, veintidós ingleses, más varios canadienses, escandinavos, alemanes y un francés. Llevan agujeros en los pantalones y pintura en las mejillas, parece que no se han peinado desde las últimas vacaciones, le miran a uno con ojos como de desafío y parecen completamente felices.

«Nos da igual lo que puedan pensar de todo esto. Lo único que cuenta para nosotros es poder vivir en paz. Que nadie esté siempre encima. Aquí cada uno hace lo que le da la gana. Nadie te controla. Puedes pintar, aserrar en el taller, pasearte, leer, jugar, ir o no a clase. Nadie te obliga a nada. Ni a lavarte las manos ni a ir a clase de matemáticas. Ni te riñen porque hayas soltado una palabrota. David es un apasionado de la fotografía. El mismo revela sus clichés en el taller. A Vivian le encantan las novelas y lee todas las que quiere. En la escuela a la que iba antes la obligaban a estudiar continuamente; los profesores eran estúpidos y los programas imbéciles. A Verna le gusta hacer ganchillo, pero también subirse a los árboles o jugar en la casita que hemos construido nosotros mismos. Ayer fuimos al pueblo a ver «West Side Story»; vamos al cine dos veces a la semana. La "tele" no nos apasiona. Hay demasiado ruido en la habitación, y, además, no nos ponemos de acuerdo muchas veces sobre los programas. Sólo miramos la televisión cuando algún programa nos interesa a todos...».



¿Hay que educar al niño según una estricta disciplina, o conviene dejarle que siga libremente sus instintos?

Porque en Summerhill las decisiones se toman en común, generalmente el sábado por la noche durante la reunión semanal. Todo el mundo se sienta en el suelo; los niños, los seis profesores (vestidos igual que aquéllos), las cinco «madres» encargadas del mantenimiento de la escuela, todos ellos bajo la mirada, entre socarrona y patriarcal, del viejo Neill, que fuma su pipa sentado en su mecedora. Cada vez toca a un niño diferente presidir el parlamento de marras. El día en que yo asistí (admitida excepcionalmente, tras consulta a la comunidad) ocupaba la presidencia una encantadora niña de once años, de largos cabellos rubios (las niñas se ocupan de su pelo más que los muchachos), que puntuaba el tumulto general con enérgicas expresiones: «Callar la boca», «Cerrar el pico», etcétera.

### Un miniparlamento en acción

La discusión se centró primeramente en los infortunios de la pequeña Melanie, de seis años, a la que dos alemanitas habían tratado de quitar algún dinero. Algunos niños levantaron la mano, solicitando intervenir. Uno hizo un comentario, otro propuso que se impusiese una multa, propuesta que fue sometida a votación general (el viejo Neill tenía un solo voto, ni más ni menos que el más pequeño de los niños allí reunidos). Final-

mente, las alemanitas fueron condenadas a pagar a Melanie una multa de un chelín y seis peniques. Una vez resuelta esta cuestión se pasó a discutir otros asuntos. Una niña se quejó de que el suelo y las paredes de las habitaciones estuviesen llenos de escupitajos. El acusado, David, protestó que sólo había escupido una vez, de noche y, además, por la ventana. Luego se habló de las colillas que quemaban el linóleo. A continuación de la comedia. La señora Neill, una simpática mujer de cincuenta y nueve años, de una placidez a toda prueba, replicó que la escuela era pobre (a pesar de que cada uno de los tres trimestres anuales cuesta entre 250 y 300 libras esterlinas, con lo que se selecciona automáticamente a los niños que van a asistir a la misma) y estaba llena de deudas, por la sencilla razón de que a los padres se les olvidaba muchas veces pagar la pensión: «Por eso no se pueden servir todos los días filetes de ternera». El viejo Neill levantó la mano para hablar y propuso que la comunidad prohibiese que se fuera a comprar bombones a la tienda del pueblo inmediatamente antes de comer. Sometida a votación, la propuesta fue rechazada por impresionante mayoría.

«Yo respeto las leyes siempre y cuando las haya establecido yo mismo —dice David, de once años—. Aquí uno existe, uno es

alguien. Con un profesor se habla, se charla más que se estudia. En las otras escuelas, un profesor es como Dios. Aquí no es más que yo». Hay que precisar que en Summerhill, por lo menos ahora, los estudios apenas si tienen importancia. En primer lugar, porque el 90 por 100 de los niños, según la señora Neill, proceden de hogares destrozados, o son hijos de padres drogadictos. Los niños eran antes unos desgraciados y ahora necesitan tranquilidad más que diplomas. Además, sólo quince de los niños superan los trece años, y, según las observaciones de Neill, un niño normal no piensa más que en jugar hasta la edad de trece años. Y entre los que podrían interesarse por los estudios, sólo uno o dos asisten a las clases de matemáticas, mientras que otros se dedican a la biología aplicada, estudian los pájaros en los árboles, los guijarros en la orilla del mar o construyen acuarios.

### Un profesor es, ante todo, alguien con quien charlar

«Para mí, la educación es más que nada una cuestión emocional —dice Neill, casi nonagenario, pero que se mantiene extraordinariamente erguido y alerta. Tiene las mejillas sonrosadas y el mentón dictatorial, un sentido del humor muy británico, una obstinación muy escocesa y

una extraordinaria afición al desafío permanente—. Lo creo un ambiente donde pueden vivir y expresarse libremente todas las emociones. ¿Estudiar? Yo hice siete años de latín, y uno de mis alumnos, para ingresar en la Universidad, consiguió el mismo resultado en sólo quince meses. Los niños no aprenden más que lo que quieren. Sólo los pedantes pretenden que las personas se instruyen en los libros. De los setenta mil espectadores de un partido de fútbol, ¿cuántos han leído a Marx, a Freud o a Shakespeare? Sólo un absurdo "curriculum" puede obligar a una futura peluquera a estudiar las ecuaciones y los teoremas. La idea de que un niño pierde el tiempo si no aprende continuamente cosas nuevas constituye una auténtica maldición. Si todas las escuelas fuesen libres, estoy seguro de que los niños terminarían encontrando su nivel propio».

Es imposible entender a Neill, comprender sus ideas sobre la educación si se ignora que, desde hace cincuenta años, este pionero indomable no hace sino llevar a efecto una venganza. Nacido cerca de Dundee, en el seno de una familia modesta, rigurosa y calvinista, entre cuatro chicos y cuatro chicas, todos aparentemente más inteligentes y dotados que él, hijo de un director de escuela rural que manejaba una correa de cuero a guisa de palmeta, Neill estuvo hasta la edad de diecinueve años en el establecimiento paterno, primero como pupilo, después como maestro. El pobre Neill sufrió tanto entonces que toda su vida quedaría marcada por aquella etapa de su vida.

Así que cuando, en Summerhill, una niña de seis años pasa por su lado y le insulta «No fastídes, Neill eres un perfecto imbécil», o «Cierra el pico, Neill, que no hay quien te aguante», el viejo Neill se siente feliz, como si fuese él mismo quien, al cabo de años y años, replicase a su padre autoritario, saboreando deliciosamente su revancha. Una comprensible necesidad de desahogarse le llevó primero a estudiar psicoanálisis en Alemania y Austria y luego a crear, en Inglaterra, una escuela concebida primitivamente para el tratamiento de delincuentes jóvenes.

Neill está contra la religión, contra el establishment y contra los adultos —ya sean éstos profesores o padres, y siempre del lado de los niños. Sus ideas más cautivadoras son las ratificadas por una observación ininterrumpida de cincuenta años. «Los niños libres, criados con autonomía, son niños sanos. No

# LA FELICIDAD COMO OBJETIVO

les gusta que se les explote. Son egoístas y desordenados, no les gusta ni el estudio ni la oración. No toleran a los líderes, no hay miedo de que una vez adultos sigan a un Hitler o un George Wallace. Son tolerantes, indulgentes, sinceros. Y les encanta el juego. Los males de nuestra civilización son achacables a que el niño no juega nunca todo lo que necesita. Cuando un niño ha perdido la capacidad de jugar es que está psíquicamente muerto». Otra constatación: «El niño odia toda autoridad. Hay muchos padres que tratan de persuadir inculcando en el niño el temor. Criar a un niño mediante amenazas de castigos o represalias es un auténtico crimen contra su persona. Hay que evitar a toda costa que el niño se sienta temeroso o culpable». Inspirado por las teorías de Rousseau y la terapéutica del especialista de la delincuencia, Homer Lane, pero sin poner su reloj a la hora de los computadores, el educador repite como hace medio siglo: «Una carrera o un oficio me da igual: Profesor o fontanero es lo mismo. El tipo humano que produce mi escuela es un individuo sin complejos, honrado, sincero, tolerante, que no odia ni a los judíos ni a los negros, que no siente ganas de modelar la personalidad del prójimo, que no castiga a un joven sólo porque ha robado, que sabe hacer frente a las dificultades y pensar por sí mismo, y que no está a merced ni del "establishment" ni de los demagogos». ¿Se ajusta esta definición a los antiguos alumnos de Summerhill? Sí, por lo menos aparentemente. Casi todos proceden de familias acomodadas, por lo que apenas han tenido que luchar en la vida. Su falta de ambición les ha permitido, generalmente, alcanzar una especie de equilibrio. Ninguno ha llegado a millonario, ninguno ha llegado a desempeñar un papel de primer plano en la sociedad. Entrenados para utilizar sus manos más que su cabeza, muchos practican oficios artesanos, habiéndose establecido por su cuenta gracias al dinero de una herencia o una pequeña renta que reciben. Este diseña y fabrica muebles, aquél inventa chismes mecánicos. Algunos son doctores, ingenieros, profesores. Uno, que pasaba todo el tiempo en Summerhill coleccionando estuches de cigarrillos adornados con series de imágenes y escenas variadas, llegó a adquirir una prodigiosa memoria fotográfica que le permite enseñar actualmente Historia en colegios de Enseñanza Media. (Sin embargo se niega a utilizar el automóvil para sus desplazamientos, y va de un sitio a otro a pie o en tren.)

## El futuro ingeniero no sabía leer a los dieciséis años

Conocí a un profesor de música muy expansivo, que me confesó que, aunque todo el mundo reconocía su valía como clarinetista, era incapaz de conseguir un puesto duradero en una orquesta, sin duda porque nunca le habían enseñado la competencia. (En Summerhill no hay competencia ni en las clases ni en los deportes.) De Summerhill no ha salido un solo hombre de negocios, un solo comerciante, un solo político. Le he preguntado a Neill: «¿Qué diría usted si uno de sus antiguos alumnos llegase a primer ministro?», y me ha contestado sin titubear: «Me consideraría fracasado». ¿Por qué? «Porque mis antiguos alumnos son personas honradas y sinceras, y un político es, por definición, todo lo contrario».

Políticamente, los antiguos de Summerhill se sitúan en la izquierda, son progresistas, anti-«establishment», pero no se erigen ni en revolucionarios ni en reformadores. Se ocupan de sí mismos, tranquilamente, calladamente, y rara vez mandan a sus hijos a Summerhill, ya sea porque las escuelas públicas inglesas han progresado mucho (hace cincuenta años para instituir en una escuela lecciones libres hacia falta gran valor), ya sea por-

que no disponen de medios económicos suficientes, o bien porque, con el tiempo, sus opiniones han cambiado.

Contrariamente a lo que pudiera creerse, los estudios tardíos no perjudican sistemáticamente el desarrollo ulterior del individuo. Conocí a un ingeniero de cincuenta años educado en Summerhill. Allí pasaba el tiempo confeccionando objetos de metal. A los dieciséis años no sabía leer. Un día se presentó en una fábrica, donde le hicieron unas cuantas preguntas sobre ingeniería. El se contentó con replicar: «Denme un martillo y unos clavos y yo les enseñaré». Al cabo de una año ya hacía maquetas para la R. A. F. en plena guerra, e inventaba un contador de velocidad. Actualmente, casado con una antigua alumna de Summerhill, tiene cinco hijos y sigue confeccionando ingenios mecánicos. Ha inventado hasta una jeringa hipodérmica indolora.

También conocí a dos hermanos y una hermana de unos veinte años, originarios de Santa Bárbara, California. En Summerhill todos ellos descubrieron sus respectivas vocaciones: uno (que en nueve meses solamente estudió el equivalente de cinco cursos de matemáticas, a fin de poder pasar el examen de ingreso en la Facultad) es hoy diseñador gráfico; otro diseña mo-

das; la hermana, «deseosa de hacer algo por la Humanidad», se está preparando para enfermera. Los tres hablan con elogios de la atmósfera de igualdad que reina en Summerhill y de la confianza en uno mismo que allí se adquiere. Hay que decir también que sus padres son ricos y los mantienen generosamente.

## ¿Es compatible la felicidad infantil con el estudio?

No sería en absoluto ecuánime juzgar lo bien fundado de las teorías de Neill por el aspecto que ofrece Summerhill. En primer lugar, la experiencia está totalmente falseada por la aplastante personalidad de su iniciador. Demasiado orgulloso e independiente para aceptar el reconocimiento del Gobierno o para mejorar determinadas instalaciones que le hubieran permitido beneficiarse de un préstamo o de una subvención, Neill ha dirigido toda su vida una escuela pobre, sin medios para reclutar a los profesores más adecuados. Ahora bien, el principio de las clases facultativas sólo es válido si hay un grupo de excelentes educadores capaces de rivalizar victoriosamente con la pereza nativa de la mayoría de los niños. De no ser así, éstos prefieren dedicarse al juego en vez de asistir a las clases. Por otro lado, los prejuicios de Neill contra los padres han impedido una colaboración que hubiese podido resultar fructífera. Pero la crítica más fundamentada es la que sostiene que la escuela de Summerhill, tal y como actualmente se nos presenta, resulta anticuada si se tienen en cuenta los actuales criterios educativos y la sofisticación de los niños en nuestra sociedad «permissiva». Lo cual no impide que los esfuerzos de Neill hayan sido históricamente saludables, y más tal vez por lo que respecta a la liberación y la felicidad del niño que en lo referente a la seriedad de los estudios. Neill es un psicólogo, no un pedagogo. En los últimos años han surgido en Estados Unidos, en Canadá y en los países escandinavos, escuelas inspiradas en la de Summerhill. En la misma Gran Bretaña, la influencia de Neill ha contribuido, si no a suprimir, por lo menos sí a limitar el empleo de los castigos corporales en las escuelas. Durante medio siglo, Neill llevó la felicidad a determinado número de niños, brindándoles la posibilidad de eludir los estudios.

La pregunta sigue en el aire: ¿se llegará un día a conciliar la felicidad de los niños con la necesidad de los estudios? ■ D. H.

